

Oracion de la reina.

Tambien la reina, temerosa del peligro mortal que á todos amenazaba, se acogió al Señor, y habiendo dejado los vestidos reales, tomó vestidos propios del llanto, y en vez de la variedad de ungüentos, cubrió su cabeza de polvo y ceniza, humilló su cuerpo con los ayunos, llenó de los cabellos que se arrancaba (en señal de su extremo dolor) todos los sitios de sus recreos, y en este traje y estado oró al Señor Dios de Israel, diciendo: Mi Señor, vos solo sois nuestro Rey, ayudad á esta solitaria que no tiene otro auxiliador que vos. Mi peligro, Señor, anda entre mis manos. Acórdaos, Señor, de nosotros y móstraos propicio en el tiempo de nuestra tribulacion. Dadme firmeza, Señor, Rey de los poderosos y de todas las potestades. Poned en mi boca palabras acertadas en la presencia del Leon (Asuero) y mudad su corazon en odio de nuestro enemigo para que perezca, y los demás que estan de acuerdo con él. Libradnos con vuestras manos. Ayudadme, Señor, que no tengo otro auxilio que vos. Sabeis, Señor, mi necesidad. Sabeis que abomino el distintivo de la soberbia y de la gloria que llevo sobre mi cabeza en los dias de mi ostentacion; que le detesto como paño menstruado, y que no le llevo en los dias de mi silencio. Sabeis que no he comido en la mesa de Aman, ni he tenido placer en el convite del rey, ni he bebido vino de libaciones (ofrendas de los ídolos), y que vuestra sierva desde el dia en que fué trasladada aquí hasta el presente, nunca se ha alegrado sino en vos, Señor, Dios de Abraham. Dios fuerte sobre todos (los fuertes), oid la voz de los quo no tienen otra esperanza (que á vos); libradnos de las manos de los inicuos y fortalecedme contra mi temor.

Entrada de la reina á la presencia del rey.

Concluida esta fervorosa oracion, que no se ha hecho sino compendiar por causa de su extension; acabado el ayuno de los tres dias encargado á Mardoqueo y á todos los Judíos que se encontraban en Susa, é impuesto á sí misma y á sus doncellas, se entró en su real cámara, dejó los vestidos de llanto, se puso las vestiduras de gala, se adornó de toda su pedrería, se rodeó de toda su magnificencia y su gloria, y brillando como un sol con los adornos reales, volvió á llamar en su socorro al Dios salvador y gobernador de todos los sucesos; y tomando dos criadas, se dirigió al cuarto del rey, apoyada sobre la una, como quien por su delicadeza y debilidad no podía sostener su cuerpo, y levantando la otra la falda del manto real que arrastraba por el suelo. Iba bañado su rostro de color de rosa, y con sus ojos graciosos y brillantes ocultaba la tristeza de su corazon oprimido de un gran temor. De esta manera pasó todas las salas que habia antes del cuarto del rey, hasta llegar á la sala de entrada del consistorio, ó gran sala, donde el rey daba audiencia. Allí se detuvo, y vió al rey sentado en el trono revestido de las vestiduras reales, brillando todo en oro y piedras preciosas y con un aspecto terrible, y viendo á Ester que se presentaba sin ser llamada, la echó una mirada feroz que manifestaba todo el furor de su pecho.

Cae desmayada y el rey la aplica el cetro de oro.

La reina cayó desmayada, y mudado en palidez su hermoso color, inclinó desfallecida su cabeza sobre su criada. En este momento, el Dueño y Señor de los corazones de todos los hombres mudó de repente el de Asuero, y lleno de temor por la vida de la reina,

saltó del trono y corre á socorrerla, sosteniéndola con sus brazos hasta que vuelve en sí, y la acariciaba con estas palabras : ¿Qué tienes, Ester? Yo soy tu hermano, no temas. No morirás, porque no por ti, sino por todos (los demás) ha sido establecida esta ley. Llégate, toca el cetro de oro... pero Ester no volvía de su desmayo, y nada respondía ni hacia. Entonces el rey tomó el cetro de oro, le aplicó á la reina, la besó y volvió á preguntarla : ¿Porqué no me hablas? Á estas palabras recobrando la reina su conocimiento, besó el extremo del cetro de oro y dijo : Os ví, señor, como un ángel de Dios, y mi corazón se turbó con el temor de vuestra grandeza, porque vos, señor, sois en extremo respetable, y vuestro rostro está lleno de majestad... pero aquí la reina, estando aun hablando, se desmayó de nuevo, y quedó como sin sentido; el rey se afligia y todos sus ministros la animaban y consolaban, hasta que volviendo enteramente en sí pudo tenerse de pié, y nunca Ester pareció mas hermosa á los ojos del rey que en este momento.

Vuelta de su desmayo, el rey la ofrece la mitad de su reino, y ella solo pide que se sirva el rey comer con Aman en su cuarto.

Embriagado Asuero de alegría y como fuera de sí, la dijo : ¿Qué quieres, reina Ester? ¿cuál es tu petición? Aunque pidas la mitad de mi reino, te será dada. Si al rey place, dijo la reina, suplico que venga hoy á mi cuarto y tambien Aman á un convite que tengo preparado. Llamad á Aman, dijo el rey al oírlo, y que venga al momento para que obedezca á la voluntad de Ester. Vino, pues, Aman, y pasaron el rey y su ministro al cuarto de la reina á disfrutar del banquete que les habia dispuesto, y cuando el rey hubo bebido vino en abundancia, volvió á decir á la reina : ¿Qué pides que se te

dé, y cuál es tu demanda? Aunque pidas la mitad de mi reino, la alcanzarás. Mi petición y mis ruegos, respondió Ester, son estos : si he hallado gracia delante del rey, y si agrada al rey concederme lo que pido, y cumplir mi petición, venga el rey y Aman mañana á otro convite que les tengo preparado y manifestaré al rey mi voluntad. Parecerá al leer esto, que la reina no debia dejar que pasase una ocasion tan propicia para pedir la revocacion del decreto en que se mandaba el exterminio de toda su nacion en la Persia, pero esta obra era muy particularmente del Señor, y los sucesos nos harán ver que no era aun tiempo de hacer la petición.

Aman se irrita contra Mardoqueo y trata de crucificarle.

Salió Aman alegre y gozoso de palacio, mas habiendo visto á Mardoqueo á las puertas, y que no solo no se habia levantado, sino que ni siquiera se habia movido de su asiento (á su paso), se irritó en extremo, y disimulando la ira, vuelto á su casa, convocó á su cuarto á todos sus amigos y á su mujer Zares, y les hizo presente la multitud de sus riquezas, el gran número de sus hijos, y á cuánta gloria le habia elevado el rey sobre todos los principes y cortesanos; y á mas de esto, añadió, aun la reina Ester á ningun otro ha llamado al convite con el rey sino á mí, y mañana tambien he de comer en su cuarto con el rey; mas aunque tengo todo esto, nada me parece tener mientras viere al Judío Mardoqueo sentado á las puertas de palacio. ¡Cuán poco basta para amargar todas las satisfacciones del mundo, cuando no se fundan en la virtud!

Viga de cincuenta codos para crucificar á Mardoqueo

Entonces Zares su mujer y los amigos le dijeron : Da

orden que se prepare una gran viga de cincuenta codos de altura (veinte y cinco varas) y dí mañana al rey que sea colgado en ella Mardoqueo, y así irás contento al convite con el rey. Pareció bien el consejo á Aman, y mandó que se preparase la encumbrada viga, pero en forma de cruz. ¡Qué mucho que aprobase Aman un consejo que estaba tan al contento de su soberbia! Sin embargo no la satisfizo, porque nada la satisface, y añadió la circunstancia de que se pusiesen brazos en el remate de la viga para que acabase crucificado, que era el suplicio mas ignominioso de aquellos tiempos, y para que siendo tan desmedidamente alta la viga, le viesen crucificado en ella, no solo toda la gran ciudad de Susa, sino tambien todos los pueblos de sus contornos.

Leen á Asuero la fidelidad de Mardoqueo.

Pasó el rey aquella noche (que medió entre los dos convites) sin dormir, y mandó que le trajesen las historias y anales de los tiempos pasados, y leyéndolas en su presencia, llegaron á aquel lugar, donde estaba escrito como Mardoqueo habia dado la noticia de la conspiracion de los eunucos Bagatan y Tares, que habian intentado degollar al rey; ¿y qué honra, preguntó el rey al oirlo, y qué premio ha recibido Mardoqueo por esta fidelidad? Nada, le dijeron sus familiares y ministros. Ninguna recompensa ha recibido. ¡Tan menguados debieron ser los presentes que hizo el rey á Mardoqueo cuando descubrió le conjuracion, que sus ministros les reputan aquí por nada, y contestan que ninguna recompensa ha recibido! ¿Quién está en la antesala? preguntó al punto el rey. Sin duda oyó algun ruido, porque Aman habia entrado hasta el cuarto interior de la casa real para sugerir al rey que mandase colgar á Mardoqueo en la cruz que le tenia preparada. Mucho habia madrugado Aman para acelerar la ignominia y la muerte de Mardo-

queo; pero el Señor, que velaba en su conservacion y su honor, habia hecho que madrugase mas Asuero, teniéndole en vela toda la noche, y así cuando llegó Aman con el ánimo de oprimir á Mardoqueo, ya estaba preparado todo para ensalzarle. Respondieron, pues, los familiares al rey: Aman es quien está en la antecámara. Que entre, dijo el rey; y habiendo entrado, le dijo: ¿Qué debe hacerse con un hombre á quien el rey quiere honrar? Y Aman, pensando en su corazon y contando con que el rey á ningun otro queria honrar sino á él, respondió: El hombre á quien el rey quiere honrar debe ser revestido con las vestiduras reales, subir sobre caballo de silla del rey y llevar sobre su cabeza la corona real. El primero de los príncipes y grandes del reino debe llevar asido del diestro el caballo, y paseando por la plaza de la ciudad, decir en alta voz: Así será honrado todo aquel á quien el rey quisiere honrar.

Aman pasea en triunfo á Mardoqueo.

Dáte prisa, le dijo el rey, y tomando el manto real y el caballo, haz todo lo que has dicho con el Judío Mardoqueo, que está sentado á las puertas de palacio, y guárdate de omitir cosa alguna de las que has dicho. Era necesario ser el mismo Aman para conocer la rabia que despedazaria sus entrañas al verse precisado á cumplir esta orden; pero fué necesario obedecer, y encerrar su desesperacion y su rabia en lo mas escondido de su pecho. Tomó, pues, el manto real y vistió con él á Mardoqueo en la plaza de la ciudad. Tomó despues, el caballo del rey, hizo subir sobre él á Mardoqueo y llevando la brida, iba clamando delante de Mardoqueo: De tal honra es digno aquel á quien el rey quiere honrar. Todo se concluyó como Asuero habia ordenado. Mardoqueo se volvió á la puerta de palacio, y Aman huyó á su casa, llorando y llevando tapada la cara de vergüen-

za. Contó á Zares su mujer y á sus amigos todo lo que habia pasado, y tanto su mujer como sus amigos le dijeron : Si Mardoqueo, delante del cual has principiado á caer, es del linaje de los Judíos, no podrás resistirle, sino que caerás delante de él.

Se descubre la traicion de Aman y es crucificado en la viga que habia levantado en su casa para Mardoqueo.

Aun estaban hablando, cuando llegaron los eunucos del rey y le compelieron á ir al convite que tenia dispuesto la reina. Entraron, pues, el rey y Aman á comer y beber con la reina, y el rey despues de haber tomado calor con el vino, la dijo tambien este segundo dia : ¿Cuál es tu peticion, Ester, para concedértela? ¿Qué quieres que se haga? Aunque pidas la mitad de mi reino la alcanzarás. Si he hallado, respondió Ester, gracia en tus ojos, ¡ó rey! y si te agrada, concédeme la vida por la que te ruego, y á mi pueblo por el que intercedo; porque mi pueblo y yo hemos sido entregados para que seamos machacados y degollados y para que perezcamos, y... ¡ojalá que fuéramos siquiera vendidos por esclavos y esclavas! seria un mal tolerable, y yo gimiendo callaria; mas hay un enemigo nuestro, cuya crueldad redundá contra el rey. ¿Y quién es ese? dijo el rey enfurecido. ¿Y cuál es su poder que se atreva á hacer eso? Nuestro adversario, dijo Ester conmovida, nuestro pésimo enemigo, es este Aman. Al momento que Aman oyó estas palabras, quedó yerto, no pudiendo sufrir el semblante del rey y la reina. Asuero, casi ciego de cólera, se levantó del asiento y se entró en el jardín á respirar y explayarse. Tambien se levantó Aman á rogar por su vida á la reina, porque conoció que el rey le preparaba un gran mal. Asuero volvió luego del jardín, y cuando entró en el lugar del convite, encontró á Aman derribado sobre el lecho en que, para comer,



estaba recostada la reina, y dijo : ¡ Tambien en mi casa y mi presencia quiere oprimir á la reina ! Aun no habian salido de la boca del rey estas palabras, cuando le cubrieron la cara, y dijo Harbona, uno de los eunucos que habian ido á llamar á Aman y visto en su patio la viga para colgar á Mardoqueo : Hay en la casa de Aman levantado un madero de cincuenta codos de alto, que tenia prevenido para aquel Mardoqueo que habló en favor del rey ; y dijo el rey : Colgadle en él. Y así fué colgado Aman en la cruz que habia preparado para Mardoqueo, y con esto cesó la ira del rey. ¡ Digno paradero de un impío, que embriagado con su grandeza hasta juzgarse como un dios, exige con pena de horca los inciensos de divinidad ! ¡ Ejemplo terrible de la Justicia divina, que abate al soberbio y le sacrificaba en el mismo madero que tiene dispuesto para sacrificar al humilde ! ¡ Monumento adorable de la bondad del Señor con sus fieles siervos que prefieren morir antes que doblar la rodilla ni inclinar la cabeza á Baal !

Suplica á Asuero la reina que revoque el edicto de Aman.



En aquel mismo dia el rey Asuero dió á la reina Ester, como bienes del fisco, la casa de Aman, enemigo de los Judíos, y Mardoqueo entró á la presencia del rey, porque Ester declaró á Asuero que Mardoqueo era su tío paterno. Entonces tomó el rey el anillo que habia mandado recoger de Aman y lo entregó á Mardoqueo (haciéndole su primer ministro), y Ester le dió el gobierno de su palacio. En seguida la reina se echó á los piés del rey, y bañada en lágrimas le suplicó que anulase las pésimas órdenes y maquinaciones de Aman contra los Judíos. Segun la costumbre, alargó el rey su cetro de oro, con el que se daba muestra de clemencia, y levantándose la reina, le dijo : Si es del agrado del rey, y si he hallado gracia en sus ojos, y no parece al

rey injusto mi ruego, suplico : que con nuevas cartas sean revocadas las primeras de Aman, perseguidor y enemigo de los Judíos, en las que habia mandado que estos pereciesen en todas las provincias del rey, porque, ¿cómo podré yo sufrir el estrago y la matanza de mi pueblo? Y dijo el rey á Ester y Mardoqueo : He dado á la reina la casa de Aman, y he mandado que este fuese crucificado, porque se atrevió á extender su mano contra los Judíos (¿y no concederé lo que me pides?) Escribid, dijo á Mardoqueo, como mejor os pareciere en nombre del rey, sellando con mi anillo las cartas; porque era costumbre que ninguno se atreviese á oponer á las cartas que se enviaban en nombre del rey selladas con su anillo. Llamó, pues, Mardoqueo á los secretarios y copiantas del rey, y el día veinte y tres del mes Siban, que era el tercero del año, fueron escritas las cartas como mejor pareció á Mardoqueo segun se lo habia encargado el rey y dirigidas á los Judíos y á los príncipes procuradores y jueces que gobernaban las ciento veinte y siete provincias desde la India hasta la Etiopia, provincia por provincia y pueblo por pueblo segun sus lenguas y escrituras, y como podían leerlas y entenderlas.

Decreto de Asuero revocando la orden de exterminio de todos los Judíos en Persia.

Comienza el monarca quejándose de que en todos los tiempos, muchos favorecidos de los príncipes han abusado del favor, no solo contra los súbditos, sino tambien contra los mismos príncipes que los favorecieron, y despues de hablar largamente sobre esto, viene al asunto de las cartas de Aman, y dice : Á los príncipes y gobernadores de todo el imperio. Sabed : que Nos dimos acogida á Aman hijo de Amadati, macedonio de origen y de corazon, y extraño de la sangre de los Persas, que siendo extranjero ha mancillado nuestra piedad con su cruel-

dad, y que despues de haber experimentado de nuestra parte tanta ternura, que le llamábamos nuestro hijo y era honrado de todos como segundo despues del rey, vino á tanta hinchazon y arrogancia, que intentó privarnos del reino y de la vida, porque á Mardoqueo, por cuya lealtad y beneficio vivimos, y á Ester, consorte de nuestro reino, y á toda su nacion procuró con ansia la muerte, valiéndose de nuevas é inauditas maquinaciones; y muertos estos, tenia el proyecto de acometernos en nuestra soledad y trasportar el imperio de los Persas á los Macedonios. Nosotros no hemos hallado la menor culpa en los Judíos destinados á la muerte por el peor de los hombres, sino que al contrario, siguen leyes justas, son hijos del Dios máximo y altísimo que vive siempre, por cuyo beneficio fué dado el reino á nuestros padres y á nosotros y hasta el dia de hoy nos es conservado : por tanto debeis saber que son de ningun valor las cartas que él expidió en nuestro nombre, por cuya maldad el mismo que las tramó y toda su parentela (que cooperó) han sido puestos en patíbulos á las puertas de esta ciudad de Susa, no siendo nosotros sino Dios quien les ha dado su merecido; y este edicto que ahora enviamos, se publicará en todas las ciudades para que sea permitido á los Judíos seguir sus leyes, á los cuales debeis dar auxilio para que el dia trece del mes duodécimo, llamado Adar, puedan dar muerte á los que estan prevenidos para dársela á ellos.

Sigue Asuero diciendo : que el Dios omnipotente ha trocado en dia de gozo para los Judíos el dia de llanto y lamento, y mandá que se celebre este dia en todo el imperio, para que se sepa en lo venidero : que todos los que obedecen fielmente á los Persas, reciben la digna recompensa de su lealtad : que los que ponen asechanzas á su reino, por su maldad perecen; y que, si alguna provincia ó ciudad no le celebrase, perezca á cuchillo y á fuego para escarmiento de los que desobedecen ó desprecian las leyes.

Se remite por postas á todos los pueblos del imperio.

Este edicto ó cartas, que en parte hemos copiado y en parte compendiado para evitar su extension, fueron firmadas y selladas por Asuero, y enviadas en nombre del rey por postas que, corriendo con la mayor diligencia todas las provincias, se adelantasen, si era posible, á las cartas de Aman, ó á lo menos parasen los estragos, si se habian principiado en alguna; porque aun cuando no hubiese llegado el tiempo, todo se podia temer de los Macedonios agentes de Aman. Llevaban los correos órden del rey para que se viesen con los Judíos en cada ciudad, y les previniesen: que fuesen todos á una y estuviesen apercebidos para defender su vida y exterminar sus enemigos con sus familias, saquear sus casas y arrasarlas.

De este pasaje infieren una gran parte de los intérpretes: que el decreto de Aman, sellado con el anillo del rey, era irrevocable entre los Persas: que á pesar de lo que dice Asuero en su edicto revocatorio, los enemigos de los Judíos trataban de usar del edicto de Aman y matarlos el día trece del mes Adar que habia determinado la suerte, y que no pudiendo Asuero valerse de sus tropas á causa del primer edicto para exterminar á unos enemigos de su persona é imperio que trataban de trasladar á los Macedonios, paisanos de Aman, se aprovechó de la necesidad que tenian los Judíos de defender sus vidas, y de la fidelidad y firmeza que habian manifestado, para exterminar á estos enemigos encarnizados del Estado; y así fué que les permitió y les animó á que no perdonasen. En esta inteligencia no parecerá una venganza la matanza que hicieron los Judíos en la familia y descendencia de Aman, y en todos los Macedonios que habia en el reino. Mirando todos estos sucesos como órdenes y permisiones de una providencia particular del Señor, es preciso decir con Asuero en su

edicto, que no él, sino Dios les daba su merecido; y si fueron exterminados los niños y mujeres (de lo que se duda, porque en la mortandad solo se habla de hombres), es necesario tener presente que el Señor es el dueño de las vidas de todos los hombres, y las da ó las quita segun dispone aquella divina voluntad que solo nos toca adorar.

Presentacion de Mardoqueo al público.

Ya se habia visto en Susa el castigo de Aman, colgado de la viga que habia hecho levantar para Mardoqueo: ya se sabía que la reina era sobrina de Mardoqueo, y que este habia sido nombrado primer ministro y delarado segunda persona despues del rey; pero aun no se habia presentado Mardoqueo con el esplendor que correspondia al puesto eminente en que habia sido colocado. Despues de proveer con el decreto del rey á la salud del reino y de su propio pueblo, asuntos que no permitian perder ni un momento, y despues de haberle fijado en la corte y enviado por postas á las ciento y veinte y siete provincias del reino, llegó el tiempo de presentarse al público con la ostentacion correspondiente á la calidad de ministro y de segunda persona despues del rey, y al rango de tio y padre por adopcion de la reina. Mardoqueo, dice el texto sagrado, saliendo de palacio y de la presencia del rey, brillaba con vestiduras reales de color celeste y de jacinto, le cubria un manto de seda de color de púrpura y llevaba sobre su cabeza una corona de oro. Toda la ciudad se alegró y regocijó con su vista, y á los Judíos pareció que salian de las sombras del sepulcro, y que un nuevo sol brillaba á sus ojos. En todas las provincias, ciudades y pueblos, adonde llegaban las órdenes del rey, habia extraordinaria alegría, banquetes y convites y dias de fiesta, tanto, que muchos idólatras

abrazaban la religion de Israel, porque era grande el asombro que habia ocupado á todos, viendo la proteccion que el Señor habia dispensado á su pueblo.

Crecia la estimacion y el aprecio de los hijos de Israel por todo el imperio, y los jueces de las provincias, los gobernadores, los procuradores y todos los hombres de alguna autoridad, que en cada pueblo dirigian los negocios, ensalzaban á los hijos de Israel. Mardoqueo era el príncipe de palacio, el primer ministro del imperio, la segunda persona despues del rey, el tio carnal y padre por adopcion de la reina... y su nombre, que volaba de boca en boca, y se hacia cada dia mas famoso, daba mucha consideracion y poder á toda su nacion. Así caminaba el pueblo de la cautividad, haciéndose cada dia mas fuerte en todas las poblaciones del reino; mas á pesar de esto, sus enemigos, los Macedonios, no caian de ánimo ni perdonaban diligencia á fin de estar bien prevenidos para exterminar, segun se mandaba en el edicto de Aman, á todos los Judíos con sus mujeres é hijos el dia trece del mes Adar señalado por la suerte. Los Israelitas ó Judíos vivian tambien preparados, segun les habia ordenado el rey por los correos, para defender sus vidas, y matar y exterminar á todos sus enemigos el mismo dia trece, y los gobernadores y príncipes de todas las ciento y veinte y siete provincias para darles auxilio. En esta disposicion de unos y otros, llegó el terrible dia trece, destinado en el edicto de Aman para exterminar á todos los Judíos con sus mujeres é hijos, y en el de Asuero para que los Judíos diesen la muerte á todos aquellos que querian dársela á ellos. La causa de los Judíos era la causa de Asuero y de su imperio, ó por mejor decir, era la causa de Dios que iba á acabar con unos impíos que trataban de abolir su divino culto, acabando con el pueblo que se le tributaba.

Terrible dia trece de Adar.

Amaneció en fin aquel dia de sangre, y los enemigos de los Judíos estaban, dice el sagrado texto, sedientos de derramarla; pero las habian con el Dios de las batallas y de las victorias. En el mismo dia y á la misma hora principiò la pelea en todas las provincias, ciudades y pueblos del imperio, y la victoria no estuvo dudosa. Luego principiaron los Judíos á ser superiores á sus enemigos y á hacer en ellos una mortandad espantosa. Todo el dia estuvieron matando desde la mañana á la noche, hasta no dejar ni uno vivo. En la corte no bastó el dia trece, y continuó la matanza el dia catorce hasta acabar con ellos enteramente. Los cuerpos de los diez hijos de Aman fueron colgados en patibulos y expuestos á la execracion pública para público escarmiento. Solo en la corte fueron muertos quinientos hombres en el dia primero, á mas de los diez hijos de Aman que por muy niños é incapaces de conjurar no habian sido colgados cuando lo fueron su padre y su cómplice parentela, y trescientos en el dia segundo; y fuera de estos murieron hasta setenta y cinco mil en todo el imperio. Así acabó el Señor con los enemigos de la religion, del imperio y de la nacion de Israel.

Festividad del catorce y el quince.

Unos sucesos tan terribles en sus peligros, tan prodigiosos en sus medios para no parecer toda la nacion en ellos, y tan felizmente acabados, pedian un eterno reconocimiento, y así lo procuraron estos verdaderos Israelitas. Los de la corte establecieron que el dia quince del mes Adar, y primero en que se vieron libres de todos sus mortales enemigos, se celebrase todos los años perpetuamente con fiesta solemne; y los de todos los pueblos

del reino el día catorce, en que ellos quedaron igualmente libres. También establecieron que el día trece fuese de ayuno general, de gemidos y lágrimas en memoria del ayuno, gemidos y lágrimas con que la reina, Mardoqueo y todos los Judíos existentes en Susa habían conseguido del Señor que librase á su pueblo del total exterminio á que estaba condenado por Aman. Mardoqueo escribió una carta de todas estas cosas y la envió á los Judíos que moraban en todas las provincias de Asuero para que celebrasen todos los años con gran solemnidad los días catorce y quince de Adar, cantando salmos y alabanzas al Señor, regocijándose y teniendo convites y banquetes moderados y honestos, enviándose unos á otros platos de sus banquetes, y repartiendo á los pobres, para que también estos tuviesen sus banquetitos.

Furin ó las Suertes.

Queriendo Mardoqueo que ningun olvido borrarse jamás de la memoria estos días, y que se celebrasen de generacion en generacion, escribió una segunda carta en su nombre y el de la reina, y firmada de ambos, para que con el mayor cuidado quedase establecido para lo sucesivo este ayuno y días solemnes, que se llamaron días del *furin* ó de las *suertes*, porque entonces el *fur* ó la *suerte* de Israel fué echada en la urna; y todas las cosas que pasaron, fueron escritas, dice Mardoqueo, en un volumen que es este libro (*de Ester*).

Virtudes principales de Mardoqueo y Ester.

Nadie, que lea esta célebre historia, puede dejar de admirar, bendecir y envidiar las virtudes de estas dos grandes almas; particularmente la delicadeza y firmeza de religion en Mardoqueo, y la humildad y piedad en

Ester. Nada volvemos á oír de esta santa reina. Su vida debió ser corta, no en méritos, sino en años, porque envidó como á los diez de su matrimonio, y habiendo vuelto de la cautividad como á los veinte el gran Mardoqueo, no se ve que venga, como era regular, en compañía de un tío que la habia adoptado por hija, mucho mas hallándose viuda. Tampoco los Libros santos nos vuelven á hablar de esta heroína en parte alguna. Parece que el Señor la crió solamente para presentarla en el teatro de los grandes sucesos de Persia, encargarla de librar de la muerte y el exterminio á su nacion, ser su protectora, mientras que vivió Asuero su marido, y llamarla al seno de Abraham, y á su tiempo á la gloria para darla el premio eterno de su fiel y temporal ministerio.

Ester representa á la Iglesia.

Los santos Padres reconocen en esta santa reina una hermosa imágen de la Iglesia. Ester fué representada en el misterioso sueño de Mardoqueo, como una humilde fuente, que creció hasta hacerse un río tan grande que derramaba sus aguas en muchísima abundancia por todas partes, y en una luz que se aumentaba hasta llegar á ser un sol que alumbraba en todo el universo; y nadie negará que estas pinturas, mas bien que á Ester, representaban á la Iglesia de Jesucristo, fuente humilde que nació en Jerusalem y creció hasta ser un caudaloso río, que derramó sus aguas de vida eterna por todo el mundo, y una luz divina, que se aumentó hasta ser un sol que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Por otra parte la reina Ester ocupando el lugar de la reina Vasti, repudiada por el majestuoso Asuero, nos representa la Iglesia ocupando el lugar de la sinagoga, repudiada por aquel cuya majestad llena de su gloria la tierra y el cielo.